

El periodista Manuel Jabois (Sanxenxo, 1978) presenta el miércoles 25, a las 20.30 horas, su nuevo libro en el Café Moderno de Pontevedra. Se trata de una recopilación de artículos publicados en Diario de Pontevedra, El Progreso y FronteraD, la revista digital en la que colabora con un blog titulado 'Si no fuese tan puta'. Por las páginas de libro, ya a la venta y editado por Pepitas de Calabaza, se desliza con humor una actualidad insólita y una manera original e hilarante de observar su propia vida.

# Una vida de artículos

Una mañana entré en el ascensor de mi edificio cargado con las bolsas de la compra: living la vida loca. Yo entonces vivía en un ático, y como me tenía muy visto en el espejo y empezaba a envejecer, me puse a leer el orden del día que la comunidad de propietarios, ese politburó siniestro, había pegado en la pared. El ascensor subía a medida que yo bajaba la vista leyendo ese lenguaje ladinamente politizado, que a veces ya parece que está uno mirando el Zutabe, cuando al llegar al punto número cinco me encontré a mí de golpe, sin preámbulos: "Situación del vecino del Ático B y medidas a adoptar".

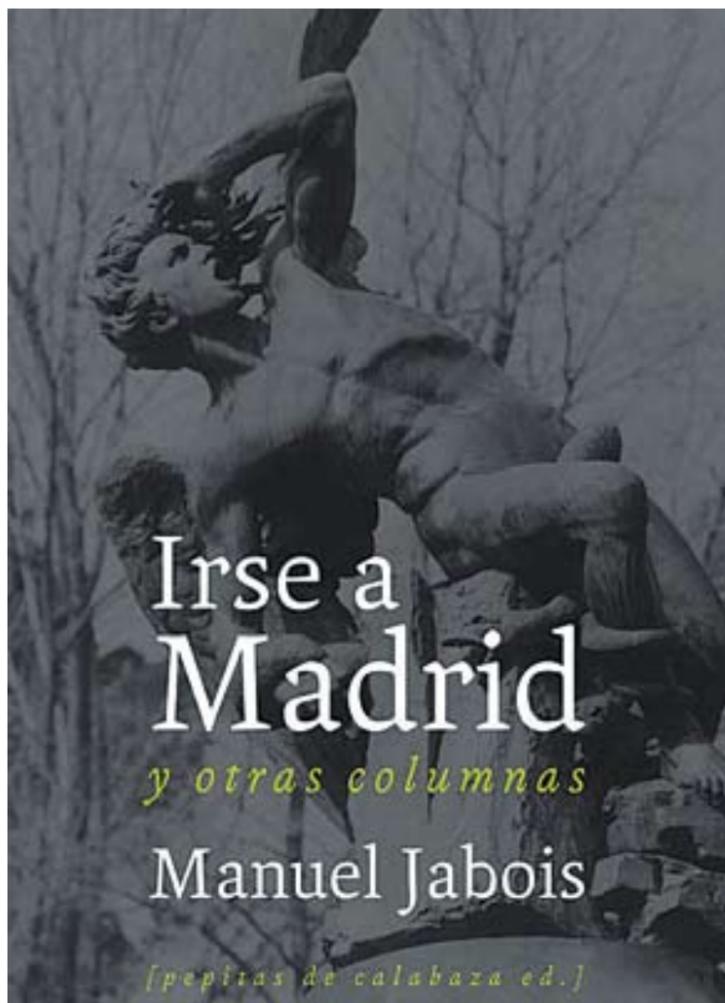
Se pueden ser muchas cosas en la vida y yo he sido unas cuantas, todas ellas discretas, pintorescas y municipales, como jurado de un concurso de tortilla de patatas en el Instituto de Hostelería Carlos Oroza. Con lo que no había contado nunca es con ser punto del orden del día. Esa ambición la tenía yo aparcada. La sensación no era ni de éxito ni de fracaso, como cuando te dan plaza de notario en un ayuntamiento del Bajo Aragón. Lo primero que hice fue llamar a mi mamá porque yo soy, en el sentido menos perverso de la expresión, un niño de teta; alguien todavía por destetar, de ahí también mi frenética búsqueda por los bares de pezones paelleros que me acojan en su sonrosado candor. Mamá colgó rápido y medio histérica, y me aconsejó que llamase a la casera. La casera ya estaba avisada de más; me dijo que los vecinos se creían que yo traficaba con drogas y con putas porque subía mucha gente a deshora y a veces se montaban unos guateques locos, pero que ella les había aclarado que era periodista. Por eso, pensé yo, mi fulminante inclusión en el orden del día. Pontevedra está llena de pisos de fulanas y camellos y no pasa nada, pero venir a sugerir que en el cotarro anda un periodista ya es tensar mucho la cuerda.

"No vuelva usted a decir que soy periodista", le contesté agriamente a la casera, "porque yo no estoy titulado ni nada; la próxima vez que le pregunten diga que soy traductor de árabe en una mezquita superradicalizada".

Los días siguientes fueron los más extraños de mi vida. No me sacaba de encima la condición de punto del orden del día de la cabeza. Estábamos solos en el mundo, como quien dice, las cuentas del ejercicio anterior, la derrama del tejado y yo. Mi familia me retiró la palabra como medida cautelar hasta que se resolviese la junta, otra palabra de la nomenclatura que me tuvo noches en vilo. Yo en aquel edificio, la verdad, era un apestado y podría haber aparecido en esa reunión a contar cómo la fa-

[reportaje] Avanzamos el artículo 'El orden del día', uno de los que compone el nuevo libro de Manuel Jabois, 'Irse a Madrid' (Pepitas de Calabaza)

[escribe Manuel Jabois]



En 'Irse a Madrid' Manuel Jabois se aparta de los lugares de la noticia para firmar una excelente y disparatada crónica sobre lo que le rodea. Desde su primera rueda de prensa con Camacho ("¡Tú de qué medio eres!") hasta su viaje como corresponsal a un congreso de empresarios de locales de alterne, en sus artículos acaba desmenuzando, como su fuera un otro, su propia vida; la de un chico noctámbulo, mujeriego y errático movido por una pasión: contar lo que pasa.

milia vecina se puso a remodelar el dúplex sólo por el placer de taladrarme la cabeza a partir de las ocho de la mañana mientras asistía desvelado al espectáculo vaciando frascos de valium. Un día un señor gordísimo del que siempre supuse que si aparecía en los áticos sería subiéndolo en montacargas por la fachada, y eso gracias a varios arreones, me vino a la puerta a protestar porque la música estaba muy alta los domingos por la mañana, como si los domingos no fueran días del Señor y a mí no me hubiera dado la gana de organizar en casa un coro de gospel con los muchachos más volubles del Centro Reto. Y así en ese constante sinvivir, que si llego a pensar yo antes la jugada en lugar de cinco puntos del día teníamos treinta.

Fui de esta manera el puntazo de la comunidad durante una semana para pasmo de mis visitas, que alucinaban en el ascensor. Antes de la junta timbré en el piso de la casera por si quería preparar una estrategia o algo, y la mujer me dijo que no me preocupase, que los vecinos "eran así", y que si yo tenía el telefonillo estropeado porque un amigo mío lo había chuscado una noche que no le abrí, y todos mis amigos llamaban al azar a otros pisos para entrar, era porque la comunidad no me quería pagar otro. "Si tanto les molesta, ¿por qué no lo pagan si está visto, después de cinco años, que tú no lo vas a pagar en la vida?", se preguntaba ella en alto delante de mí, intentando convencerse con la voz temblorosa. "Van a quemar otra vez a Servet", le dije antes de dar la media vuelta y bajar a la carrera las escaleras, que la tía aún debe de estar flipándolo.

Supe de la junta después gracias al informe vago que me pasó la casera a desgana, con ese tono de voz que ponen los rentistas cuando sus inquilinos se convierten en puntos del orden del día. Se habían esgrimido esos cargos tan poco originales contra mí. El edificio era un edificio bien lleno de familias honradas, numerosas y encoloniadas. "Pero en ese piso nadie sabe muy bien lo que pasa", dijeron, como si estuvieran pensando en aprobar una derrama para ponerme las paredes de cristal. Yo creo que a la casera le entró todo por un oído y le salió por el otro, pero aún retuvo un par de frases con las que tranquilizarme, tal que allí se me daba "otra oportunidad", como si el siguiente paso fuera gasearme, expulsarme de la ciudad o ir con ellos de la mano al baile del Casino a ponerme de largo. Así que todo fue bien durante unos meses hasta que un día, tanto fue el cántaro a la fuente, el ático se me empezó efectivamente a llenar de putas.

## La firma

"Habrá un libro tras otro hasta que salga uno bueno"

■ Hace dos años, con ocasión de una novela sobre los años tontilocos de una juventud inerme, dije que estaba preparado para escribir un libro después de otro hasta que me saliera uno bueno. Cuando uno publica, además, lo que le interesa a la gente es cuándo va a publicar otra vez. Entonces dije que estaba trabajando en una novela pero en realidad estaba trabajando en donde me pagaban, que era el periódico. Y no fue hasta que entré en la cárcel cuando decidí que sería bueno coger esas columnas y atarlas como aparecen los viejos periódicos en las puertas de los quioscos de madrugada y venderlas al por mayor. A la cárcel había ido como invitado, que es como que hay que entrar en ciertos sitios, por Juan de Sola, entre otras cosas presidente de Agareso, la organización de reporteros solidarios que anda por medio mundo ayudando de la mejor manera que un periodista ayuda: informando. Allí dentro un preso me preguntó si yo creaba opinión o la generaba. Y yo dije lo que escribí luego en un artículo: que cada vez me interesaba opinar menos, pero que bien es verdad que hay días en los que la columna ha de rellenarse sí o sí, y no siempre hay historias en el armario o asuntos triviales de los que ocuparse, y se pone uno de repente a salvar el mundo. También que en este país los columnistas están en los diarios compitiendo para ver quién se toma más en serio y hasta los viñetistas se las dan de trascendentes. Que no hay humor, vamos, y el que hay es humor inteligente hasta el elitismo, indetectable para el pueblo, como esos codazos estúpidos que se dan los intelectuales en las cenas con una gracia sobre Plinio el Viejo. Luego bien es verdad que está el humor involuntario, la risa que se da sin pretenderlo, pero eso no cuenta. A estas alturas de la vida ya no sé cómo hago las columnas porque escribo como meo, que es lo mejor que puedo decir de mí, y a lo poco que aspira este talento pintoresco es a fijarse en las cosas en las que sólo se fijan unos pocos y entretener un rato a la hora del café, apenas un minuto, antes de que uno abandone el periódico en la mesa como se abandona un arma mojada. ■

**mpmáis**  
MIL PRIMAVERAS MÁIS

## Si no fuese tan Manuel Jabois [escribe María Balo]

"Quiero escribir, seguir escribiendo. No he hecho más que empezar", decía Manuel Jabois hace ocho años, después de recibir el premio periodístico más importante de Galicia por su columna

sobre Man de Camelle. El 'Julio Camba' le daba a aquel escritor rebelde el reconocimiento externo que necesitaba para, como decía el autor vilanovés, "soñar como un negro de la mañana a la noche". Tenía 24 años y él ya había empezado a soñar y a invitar a otros a hacerlo a través de sus columnas cada domingo en la contraportada del Diario. En Pontevedra 501 comenzó a dibujar con ironía e inteligencia, -como describió hace solo unos días su amigo y periodista Adrián

Rodríguez "a base de metáforas con agujones e ingenio no ya de risa, sino de carcajada"- la realidad que le rodea pero también su propia vida.

Línea a línea uno se sumerge en el mundo que imagina Manuel Jabois. Entre sus palabras es fácil reconocer al periodista ingenioso, al poeta sensible, al hijo incorregible, al amante vanidoso, al amigo ocurrente y divertido, a esa persona con la que todos querrían ir a cenar al menos una vez en la vida.

"Tengo confianza en mí. Para escribir me siento preparado para afrontar cualquier reto", decía en una de sus primeras entrevistas como promesa de las letras. Así fue que años después vio la luz su primera novela 'A estación violenta' (Morgante, 2008).

Esta semana da un paso más en su carrera como escritor de la mano de la editorial Pepitas de Calabaza para presentar 'Irse a Madrid', una recopilación de textos publicados en Diario de Pontevedra, en su blog y en la revista digital Frontera D en los que sin abandonar a aquel 'cartero' de sus primeras columnas nos muestra al periodista áspero y mordaz de hoy. Un niño gamberro, un adulto inconformista. Un escritor genial.

